

LITERATURA DE INMIGRANTES ÁRABES Y JUDÍOS EN CHILE Y MÉXICO.

Rodrigo Cánovas. Madrid-Frankfurt: Editorial Iberoamericana/ Vervuert Verlag, 2011.*

Según Rodrigo me ha dicho, al tema de su investigación llegó pensando en los orígenes diversos, los consabidos y los más laterales, de la literatura chilena y luego la mexicana, una mirada hacia los orígenes ocultos. Es decir que quiso descubrir una genealogía o, como escribe en su libro, indagar la pluralidad de las identidades latinoamericanas. De identidades plurales, todos los latinoamericanos sabemos mucho, la mayoría de las veces sin pensarlo y por vía de desviaciones. Mis abuelos eran judíos, yo no ejerzo, y lo ignoro todo de las costumbres religiosas y comunitarias, además nunca entré en una sinagoga si exceptúo viajes turísticos en los que las iglesias fueron siempre las más visitadas, y no las sinagogas. La historia de mi familia inicia este progresivo desligarse de los orígenes. Una genealogía borrada por una intención de olvido. Y aquí, cuando leo el libro de Rodrigo, me encuentro convertida en objeto de estudio y lo que es parte de mi existencia, una experiencia que no sin cierta pretensión creí particular, diferente, aparece como uno de los procesos que Rodrigo Cánovas reconoce y estudia bajo las formas del destierro y del olvido, de los escritores que escriben la orfandad, de las pérdidas simbólicas. Nada tan molesto como leerse convertido en objeto de estudio. Prueba de lo extenso e incisivo del trabajo de investigación que Rodrigo Cánovas llevó a cabo: el hecho de que me encuentre en él sin haberlo previsto, y sin que me guste. Cuando mis abuelos dejaron Polonia, unos, Rumania, los otros, sabían que no volverían y descubro, leyendo el libro de Rodrigo, precisiones que desconozco: los de Rumania provenían del Palio de Residencia en la zona occidental, en los márgenes del imperio zarista: yo no sabía que eso existiera, el Palio de Residencia. Sabía que se fueron de allí y que, efectivamente, nunca volvieron. No se trata solamente de las dificultades para comunicarse que podía haber en aquel pasado remoto, y que ahora, en tiempos de internet, resulta una experiencia difícil de concebir. Todos los intercambios y contactos, nimios, estaban sometidos al trabajo del tiempo. Una carta podía tardar meses, los periódicos atravesaban mares también temporales, y llegando a lo que conocí, las llamadas telefónicas transatlánticas (que mis abuelos, por supuesto, nunca hicieron) conservaban un eco que probaba que esas voces fantasmales debían sortear mares para llegar a nosotros. Cuando los antiguos inmigrantes dejaron Europa, en general trabajadores pobres desplazados de las regiones agrícolas a las capitales, sabían que no iban a volver, que jamás volverían a ver a sus padres, aun cuando no imaginaban el Holocausto por venir, sabían que lo que comenzaba en América era un verdadero comienzo sometido a ciertas posibilidades del azar, una tirada de dados para

* Este texto fue leído por la autora en la presentación del libro en el Centro de Extensión Cultural de la P. Universidad Católica, el 11 de enero de 2011.

el que descendía del barco en Montevideo, otro en Buenos Aires, algunos llegaban a Chile y otros a Estados Unidos, trazando una red posible que el olvido decidido iba a convertir en algo fantasmal. Pero el libro de Rodrigo encuentra otro nombre para este azar, no es azar sino políticas migratorias y me previene sobre la práctica en el Palió de Residencia (otra vez esa expresión hasta hace poco desconocida) que obligaba a la comunidad judía “a entregar cuotas de niños de doce años para un servicio militar de veinticinco años; durante su adolescencia, los reclutas vivían con familias cristianas ortodoxas.” (35). Es difícil saber si decidieron olvidar por rencor, o si apostaron con tal intensidad al empezar de nuevo que no bastaban los kilómetros que habían puesto entre su presente y su pasado, era necesario operar una parte de la memoria, erradicar experiencias y recuerdos para asegurar un futuro. Mis abuelos murieron jóvenes y la única abuela que conocí no contaba absolutamente nada de sus primeros 16 años de vida en Rumania, en Bucarest. Nada. Hermosa palabra Bucarest. Yo no quería a mi abuela y nada le preguntaba. Tenía de rumana el acento, algunas palabras en idish que todavía recuerdo, fieguele, pajarito, y algunas comidas. Era famosa, según mi madre, por ser la peor cocinera del mundo, título por el que competía con mi abuela paterna. Sin embargo, recuerdo los kneidalej, que llamábamos pelotitas blancas, ahondando hasta en esa mínima denominación el trabajo de borrado de un lenguaje, la sustitución impenitente. De vez en cuando preparo esa comida. Una amiga me dio la receta porque nadie de mi familia sabría transmitírmela.

Solamente una anécdota me contó mi abuela, muy poco antes de su muerte. Es decir que en los 25 años que la conocí, solamente me contó *una* historia. Me contó que teniendo cuatro o cinco años había salvado a su familia de los cosacos. ¿Qué son los cosacos? Hago la pregunta y Yul Brynner aparece en *Taras Bulba*: él, cabeza pelada; su caballo, blanco. Mi abuela habló del ruido de los caballos y me contó que había atrancado la puerta de la casa y sostuvo con su cuerpo las maderas. Me habló del ruido de los caballos, de los gritos, creo que mencionó el metal de los sables y las antorchas. Nada más. En esta postal de desmemoria familiar, un tío abuelo se destaca por su diferencia. Era un mito familiar, el tío Najmen de Montevideo (y qué quiere decir ese nombre, me pregunto ahora), un militante comunista que viajó varias veces a Europa oriental, es decir, uno de los pocos que regresó (el libro de Rodrigo no olvida los lazos entre las agrupaciones de la comunidad judía y los movimientos anarquistas y comunistas). Eran viajes pagados por el partido, en los que él visitaba también hermanos o primos, nunca lo supe, y hay que agregar que en el relato de esta familia el Holocausto no pasó. Nada. Mi tío de Montevideo también nos visitaba en Buenos Aires, siempre llevaba sombrero, era un hombre atractivo, con una cordialidad pasada de moda y mucho que contar. Personificaba la vitalidad, y, pienso ahora, también una cierta memoria, que compartía con mi abuela, su cuñada, la que no hablaba ni contaba, pero que con él, hablaba. La historia de Najmen tenía capítulos oscuros, a uno de sus hijos lo habían internado en un reformatorio porque era incontrolable (en qué consistía su rebeldía, no

lo sé), una hija, que después murió, se había caído de una escalera de mármol, se había golpeado la cabeza y había quedado un poco, un poco, retrasada. Según la particular versión de la historia familiar, la exmujer de Najmen era la única responsable de esas zonas oscuras. En sus últimos años, Najmen había escrito su autobiografía. Sé que la leí, recuerdo un episodio en que contaba que junto a otros muchachos (y debía ser en Europa, tal vez en el ahora acreditado Palio de Residencia) se habían juntado en el patio de la escuela (es decir que iban a la escuela) y el mayor les había mostrado su pene para indicarles hasta dónde había entrado en el cuerpo de la mujer con la que había mantenido relaciones sexuales. Es posible que conserve el recuerdo de esta lectura en particular porque leí, o miré, u hojeé la biografía de Najmen a mis doce o trece años. Después, la historia de Najmen sigue un giro trágico. Hubo algunos intentos de suicidio que atribuí a su negativa a envejecer: que Najmen intentara matarse era la consecuencia natural de esa vitalidad viajera que siempre había representado a mis ojos. Pero hace unos años, su hija me contó que el padre era bipolar, antes de que el diagnóstico fuera tan famoso como lo es ahora. Y que si nosotros lo recordábamos tan vital y heroico era porque siempre viajaba en los tiempos de alta de la enfermedad, entonces salía para Buenos Aires, o para la Unión Soviética, pero que en las bajas de su polaridad estaba en Montevideo, y que para ella –la hija– siempre había sido un hombre deprimido, y que esos intentos de suicidio de los últimos años no hacían más que completar un cuadro clínico que lo había acompañado toda la vida. Mi madre la miró con rabia. Supongo que midió y descartó la posibilidad de un desmentido directo. En lugar de eso, la invitó al patio para mostrarle unas plantas, y así la hizo cambiar de tema. Hace unos meses, en un bar de Santiago, una amiga nueva, de esas que los desplazamientos te permiten encontrar (aunque no creo que así haya sido para mis antepasados) empezó a contarme cómo fue secuestrada por los militares, junto a su madre, cuando era bebé. La interrumpí diciendo que ya conocía la historia: era una verdad a medias, la otra mitad es que en ese momento (por motivos que no vienen al caso) no quería escucharla. No me enorgullezco. Si hubiera tenido un jardín o un patio cerca, hubiera hecho como mi madre, la hubiera invitado a ver las plantas. Esto para decir que cuando no heredamos la historia, se hereda algo peor, la idiosincrasia. Para colmo, y para quitar cualquier matiz de singularidad a esta asociación ingrata, recuerdo que en su libro Rodrigo menciona cómo las dictaduras militares y sus campos de tortura han sido escritos por los descendientes de las migraciones judías como un camino especular al de las muertes en los campos de concentración europeos. Refiriéndose a los bombardeos masivos de las ciudades alemanas hacia el fin de la guerra, Sebald habla del vacío en la capacidad de contar, de aquello que no se nombró ni se transmitió, de las mujeres alemanas desplazadas que escondían en las valijas que llevaban a los hijos muertos calcinados. Pienso en la intensidad de las experiencias. En mi propia experiencia migratoria que no puede compararse a la de mis antepasados. Se trata de un problema de intensidad y de coacción: quien puede elegir entre irse o quedarse,

poco tiene en común con el que está atado a perpetuidad a su propia decisión. La idea del destino parece perimida.

Veo que me he alejado mucho del libro de Rodrigo, pido perdón, pero tal vez no esté tan lejos. Las experiencias de olvido son también experiencias. Se dice que uno recuerda más los 20 primeros años de su vida que todo el resto (exceptuando los cinco años iniciales, sometidos al olvido para pagar la cuota que la adultez exige). Entonces, vuelvo a mi pregunta inicial, cómo podían haber olvidado todo. No les creo. Hoy no les creo. Sospecho que tenían otra vida que nos escondieron, y recuerdo, por ejemplo, que mi abuela hablaba con Najmen en idish sin que yo pudiera entender lo que decían. Y si así fue, ¿cuánto esfuerzo tuvieron que invertir para ahogar la memoria?

Rodrigo me comentó que originalmente había pensado el libro con ilustraciones, fotos, mapas de las rutas. Me hubiera gustado verlas, aunque tal vez esta ausencia corresponda, porque este libro retiene palabras que se esfumaron, una carga invisible que de vez en cuando aparece, una historia de fantasmas, a los que, ya se sabe, no les gustan las fotos. Y no por coquetería, por pura imposibilidad. Pero los fantasmas residen en mundos reales, se pasean entre los lirios de las calles viejas de las ciudades europeas, colores, olores a cebolla frita, el aire que viene del río, el frío que por la noche baja de los Andes, el olor enchilado de las pieles mexicanas. Hace unos años viajé a Eslovaquia y reencontré allí comidas de mi infancia, comidas que mi padre compraba en una rotisería cerca de mi casa: el pastrón, las comidas de remolacha, perdón, betarraga, el yogurt agrio, unas gelatinas marinas que me provocaban un asco al borde del vómito porque las suponía hechas de ojos de pescado. Cuando era niña, tenía la fantasía de poder tener la mitad del cuerpo en un lugar con lluvia y la otra mitad en un lugar seco. Había otra versión de este fantaseo, más geográfico, que aspiraba a un pie en un país y un pie en el otro. Así fue con estos inmigrantes, estaban aquí, en las nuevas tierras, pero había una parte muda que estaba en otro lado, y al final, el lugar más recóndito de la memoria y del recuerdo fue ese otro lugar.

Conocí en México a una de las escritoras mexicanas que Cánovas estudia en este libro, Angelina Muñoz-Huberman, ya entonces, hace diez años, una mujer transparente, frágil, estaba muy enferma y no salía de la casa, pero Rodrigo me dice que la ha visto hace unos años en un congreso, en Estados Unidos, creo. Me alegro. Yo iba a su casa una vez por semana porque ella dictaba allí, pero para la UNAM, un curso sobre María Zambrano. Angelina Muñoz-Huberman es una estudiosa de María Zambrano, la única filósofa española entre los pocos filósofos que España ha dado (imagínense su edad, la de Angelina, porque es estudiosa y no experta). Me levanto de mi computadora y busco un libro de María Zambrano. Primera sorpresa cuando leo en diagonal la biografía de Zambrano. Descubro que casada en 1937 con Alfonso Rodríguez Aldave, su marido acababa de ser nombrado secretario de la embajada española en... Santiago de Chile. Santiago de Chile aparece de repente cuando nadie lo invitó. Durante el viaje —en el barco frutero Santa Rita, que recalca en varios puertos, atraviesa el canal de Panamá y

bordea Ecuador y Perú hasta Valparaíso, desde donde viajan en tren hasta Santiago—, en la parada que realizan en La Habana, ella conoce a José Lezama Lima. En Santiago, María Zambrano trabaja para la causa republicana.

Leo un fragmento de Zambrano, “LO CELESTE”, en donde describe una luz de la que nace una y otra vez un pensamiento sin memoria. Dice Zambrano: “Un pensamiento liberado del esfuerzo de la pasión de tener que engendrar memoria y, en su virtud, liberado también de toda representación y de todo representar.”

Eso escribe Zambrano, pero lo que Rodrigo Cánovas rastreó y de lo que yo estuve hablando no fue de una liberación sino de una esclavitud, la de la pasión de la memoria y la de la representación, el esfuerzo de la pasión de los exilios. Para mí, siempre supe que Najmen era algo más que ese aventurero vehemente, adiviné en él otra fuerza que me atrajo y que no podía nacer de energías vitales, tenía que alimentarse de algo más pertinaz y más humano, muy lejos de esa luz de Zambrano que enceguece.

Dije al principio que no sabía nada de cultura judaica. Algo sé, pero no por herencia sino por lectura. Sé, por ejemplo, que si Abraham tenía que encontrar diez hombres justos para salvar Sodoma, no lo hacía por desmentir la decadencia absoluta de la ciudad ni tampoco porque esos diez hombres merecieran salvarse. La razón es que por cada hombre justo habría más de cincuenta salvos (no recuerdo el número, supongamos cincuenta), porque su bien y su justicia suponían una marea de verdad que envolvía a la ciudad toda. Los hombres justos la salvaban porque su virtud no les pertenecía si no que pertenecía a todos. Según esta tradición, los antepasados eran importantes, no para confirmar alcurnia o riqueza sino porque sus virtudes y pecados vivían en los descendientes. Para nuestra concepción contemporánea, estas creencias arcaicas son grilletos siniestros. Por qué pagar una culpa de los padres, por qué vivir una destinación. No. Sin embargo, ¿no sospechamos esa sobrevida cuando rastreamos una genealogía, no sospechamos del olvido, no suponemos que algo de ese pasado se conserva en nosotros, si no es bajo la forma de recuerdos o relatos, lo será por los gestos o, ya lo dije, la maldita idiosincrasia? Rescatar una genealogía es bucear en los desequilibrios entre lo dicho y lo oculto, también saber que somos mucho más que lo que hemos heredado, “herencia y proyecto”, escribe Cánovas, herencia, proyecto y las múltiples existencias que somos. ¿Acaso depende el destino de las causas o no es el punto en el que las arbitrariedades pueden reinar, la potencia de la vida que somete a la reina voluntad y, de paso, a su corte de servidores, origen, esfuerzo y formación?

Hoy sospechamos del tiempo del progreso, pero el nuestro tampoco es el tiempo cíclico de la antigüedad, no somos deudores de nuestros deudos. Nuestro tiempo es aleatorio, ya no entendemos las palabras de los dioses, de los muertos, de los antepasados, ni queremos entenderlas bajo pena de cargar con sus fardos. Solamente que, y de eso se trata el libro cuya presentación hoy nos congrega, esas voces siguen allí, en la literatura, donde se encuentran los que no saben ni pueden encontrarse de otro modo, porque aunque cuestionemos sus poderes, no sabemos, nunca supimos, (y

tal vez no sea posible) cerrar los oídos ni a arpías ni a sirenas. Y el libro de Rodrigo ensaya el arte de escuchar.

Betina Keizman
Escritora. Universidad Diego Portales